

Ernesto de la Peña

El señor de las palabras

Concepción Company Company

A un año de su muerte, Ernesto de la Peña fue recordado en el Palacio de Bellas Artes, en la Ciudad de México, por la estudiosa Concepción Company Company, su compañera en la comisión de lexicografía de la Academia Mexicana de la Lengua. Ella lo evoca como el filólogo, traductor y maestro, dotado de la mayor sabiduría y de gran sencillez y afabilidad.

Ernesto de la Peña era un gran señor y era un gran señor filólogo; era un sabio, en lo profesional y en la vida. No debiera yo mezclar ambas denominaciones, porque no es políticamente correcto —como ahora se dice— mezclar las valoraciones personales con las profesionales, pero es un deber y un gran placer hacerlo —así sea éste un momento de triste recordación a un año de su muerte—, porque bajo, mejor *junto* al gran profesional, había un gran ser humano, una persona generosa y comprometida, y es por ello un deber placentero escribir estas líneas, porque junto a la persona que yo conocí había un profesional de excelencia, un sabio. En efecto, Ernesto de la Peña podía haber nacido en el siglo XVIII, era un ilustrado en todo el sentido de la palabra, o podía haber sido un ateneísta, ése era su espíritu. Hago el doble señalamiento de gran profesional y gran ser humano, porque suele ocurrir —y digo suele, porque muchas veces no ocurre— que los grandes son sencillos y, por eso, son grandes, en todos los sentidos y ángulos de la palabra *grande*, grandes en la vida, pues. Así era Ernesto de la Peña: una de esas afortunadas concurrencias de generosidad de vida y generosidad profesional, de grandeza en los dos ámbitos.

No hablaré hoy, al menos no centralmente, de su extensísimo currículum porque es bien conocido. Sus valiosas y numerosísimas contribuciones al conocimiento de la lengua y la literatura fueron reconocidas con múltiples premios, tales como el Premio Xavier Villaurrutia, de escritores para escritores, concedido en 1988 por su libro de cuentos *Las estratagemas de Dios*; en el año 2003 le fue otorgado el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura, el máximo reconocimiento que concede el Estado mexicano a un intelectual; en el 2007 recibió la medalla de oro de Bellas Artes; en 2008 fue distinguido con el Premio Alfonso Reyes; en 2009 le fue concedido en España el Premio Menéndez y Pelayo, por cubrir el perfil de humanista y polígrafo inherentes a Marcelino Menéndez y Pelayo e inherentes al premiado; en 2010 recibió el Premio Nacional de Periodismo José Pagés Llergo y en 2012 fue condecorado con la Medalla Mozart por su constante e importante labor en la difusión de la cultura operística y de la música culta en general, y a fines de 2012, de forma póstuma, le fue otorgada la medalla Belisario Domínguez. Y posiblemente se me está pasando por alto alguna distinción más. En 1993 fue desig-



© Javier Navariz

Ernesto de la Peña

nado miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua, corporación que hoy nos convoca con motivo de su aniversario luctuoso; fue una distinción que De la Peña desempeñó de manera absolutamente institucional, de forma muy activa y con constante trabajo colaborativo hasta su muerte.

De todos es conocido el gran conocimiento que Ernesto de la Peña tenía de la *Biblia* y de los ríos de bibliografía que el libro de libros ha generado, sin duda el que más. Ernesto era un erudito en este ámbito humanístico, y siempre se acercó a esta obra desde la filología, la cultura y las humanidades, no desde una posición religiosa. Era también un erudito en las lenguas y culturas clásicas hebrea, árabe, griega y latina. Era asimismo un gran conocedor de literaturas europeas medievales tardías, como la francesa; al momento de dejarnos estaba trabajando el texto de *Gargantúa y Pantagruely* lo estaba haciendo sobre una hermosísima edición en francés antiguo. Era igualmente un agudo lector y conocedor de la literatura española áurea. Aquí quiero destacar sus múltiples ensayos sobre el *Quijote* y la interpretación personal, sugerente y llena de intertextualidad, plasmada en su libro *Don Quijote. La sinrazón sospechosa*, editado exquisitamente. Y comento esto porque en el tiempo que conocí a Ernesto de la Peña, don Ernesto, como siempre me dirigí a él, la exquisitez y el goce de la vida eran rasgos inherentes de su personalidad.

Escribía además, lo sabemos, excelentes cuentos —por un libro de cuentos le fue otorgado el Villaurrutia—, que rayaban en lo borgiano, como ha sido bien señalado por los críticos, por sus inventivas recetas en la construcción de personajes, como aquel intitulado “Confección de ángeles”, y era un poeta con un elevado sentido vital y erótico. Su poesía erótica me parece excelente.

De todos es conocido también que era un gran difusor de la cultura, un hombre de la radio y de la televisión cultural. Ernesto de la Peña era famoso además por ser conocedor de muchas lenguas, un políglota, y en él la palabra griega *polís* hacía pleno sentido, hablaba muchas lenguas y conocía bien muchas más, y ese conocimiento multilingüe lo empleó profesionalmente, porque fue traductor oficial de varias instituciones mexicanas, como la Secretaría de Relaciones Exteriores, y fue redactor de artículos para la *Enciclopedia Británica*, allá en las ventiscas de Chicago, y, cosa natural derivada del profundo conocimiento de lenguas, fue un muy buen traductor, por ejemplo, un exquisito traductor del francés (la única lengua que puedo apreciar para estos efectos) y excelente del alemán. Y, hay que decirlo, empleaba su conocimiento de lenguas para contar estupendas anécdotas de errores lingüísticos y estupendos chistes lingüísticos con caracterizaciones estereotípicas de catalanes, gallegos, chinos, árabes, judíos o de los vecinos del norte.

Pero por encima de todo su trabajo, de su obra y de sus muchos conocimientos, o más bien, junto a todas sus obras y sus muchos conocimientos, Ernesto de la Peña fue un maestro, alguien muy querido y respetado para mí, un ser humano generoso y a cabalidad. Era un hombre de plática ágil y chispeante, con un magnífico y ácido sentido del humor y una finísima ironía, agazapada tras una clara mirada juguetona y juvenil, mirada que nunca perdió aun en momentos de debilidad física y de enfermedad. Era, como digo, un excelente narrador de anécdotas de todo tipo y contador de estupendos chistes lingüísticos... y menos lingüísticos, divertidísimos —era difícil no reírse junto a don Ernesto—, era amante de la buena, mucha y refinada comida así como de largas pláticas por el gusto de platicar. Con él se aprendía cons-

tantemente, y en él se cumplía el *dictum* clásico de enseñar deleitando.

Dedicaré los minutos de que dispongo a hablar de su persona, en lo particular a mi afortunado encuentro y convivencia con él en la Academia Mexicana de la Lengua y en el Centro de Estudios de Ciencias y Humanidades de la Fundación Telmex, del que él era el director, y de cuya biblioteca hice yo uso en más de una ocasión y aproveché su consejo y sabiduría en la búsqueda, hallazgo y consulta de algunos libros y diccionarios de lenguas romances medievales, que por motivo de una u otra investigación yo requería. Comentaré uno de los ángulos de su labor, quizá menos conocido, pero muy importante institucionalmente, el Ernesto de la Peña colaborador en la confección del *Diccionario de mexicanismos*, obra corporativa de la Academia que vio la luz en 2010 (en coedición de la Academia Mexicana de la Lengua y Siglo XXI Editores).

Yo conocía, como todos, a Ernesto de la Peña por la televisión y por la radio... quién no, y lo conocí en persona cuando fui nombrada miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua un septiembre de ahora hace casi una década.

Como es bien sabido, el lema de las Academias de la Lengua es “Fija, limpia y da esplendor”. El entonces director de la Academia, hoy también tristemente fallecido, José Moreno de Alba, aplicó sabiamente, y al pie de la letra, el lema académico que nos define, y a mí, como no podía ser de otra manera, y casi recién ingresada, me asignó a la comisión de lexicografía, la más antigua, por cierto, de nuestra Academia. Además, ¿qué va a hacer un gramático y un lingüista —y yo estoy en ese paquete profesional— sino fijar y limpiar la lengua española? Hay que aclarar que la mayoría de los seres mortales piensa que los lingüistas sólo nos dedicamos a los morfemas y a los clíticos (una palabra algo incómoda pero, sin duda, sugerente), y que somos mucho más que muy aburridos. Es más, *lingüística* es sinónimo de somnífero para muchos literatos y creadores, incluidos algunos de mis compañeros académicos, me atrevo a creer, y me consta de algunos académicos mis amigos. Los buenos escritores dan esplendor, sin duda, y los gramáticos limpiamos y fijamos, casi casi como agarrar el clarasol, así suena eso de “limpiar”; esto es, describimos los diferentes usos lingüísticos y a veces, las menos, los normamos. Pues bien, ahí en la comisión de lexicografía estaba ya Ernesto de la Peña, y estaba como en su salsa, porque Ernesto sabía limpiar y fijar, pero también daba esplendor a las letras y a las humanidades mexicanas.

El jueves que me incorporé a la comisión, y los dos o tres subsecuentes jueves, me llamaron la atención tres cosas en la persona de Ernesto de la Peña. Lo primero es que para cualquier palabra del español él sabía la etimología; fuera patrimonial latina, fuera griega, fuera

árabe o fuera un préstamo de cualquier otra lengua, él la sabía, y sabía el acontecer histórico y las minucias de significado de la palabra en cuestión.

Lo segundo que llamó mi atención, mucho más llamativo que su cultura etimológica, era que Ernesto de la Peña, el mediático, televisivo, radiado y famoso Ernesto de la Peña, tenía un conocimiento profundo de la lengua coloquial y popular cotidianas, en todos, absolutamente todos, sus registros sociales. Es decir, estaba yo en aquella comisión ante una mina viva de información para documentar la variación y los cambios que constituyen la esencia de cualquier lengua, y por si fuera poco, una mina llena de sentido del humor. Ir a la Academia los jueves era un aprendizaje constante y un placer. Eso sí, tras la refinada documentación popular o coloquial de tal o cual uso, Ernesto de la Peña casi siempre decía: “pero cómo molesta ese empleo, no es correcto”. Yo lo miraba y escuchaba callada, cosa rara en mí, reconozco, porque no me podía echar piedras en mi tejado, porque yo trabajo, cobro las quincenas y como gracias a que las lenguas cambian; vivo, pues, de los cambios lingüísticos y de la grande y creativa variación de la lengua española.

Lo tercero, mucho más llamativo aun que su cultura etimológica y que su amplio conocimiento de la lengua cotidiana popular y coloquial, era la acertada manera de definir voces y acepciones; definía con tal acierto, elegancia y precisión que, la verdad, me quedé prendada. Tenía la acepción y palabras definidoras precisas para ésta o aquella voz.

Corría el año 2005 y se me ocurrió plantear a la Academia la confección de una obra bastante novedosa, obra que echaba viejas raíces y antecedentes en la Academia pero que por distintas razones no se había realizado, a saber, hacer un diccionario estrictamente contrastivo o diferencial del español de México respecto del español de España. Quizás ese diccionario fue mi propia búsqueda de mis dos raíces, la española por nacimiento y la mexicana por voluntad, porque en el contraste y en la comparación con el otro o los otros, en la alteridad, los seres humanos sabemos mejor quiénes somos y por qué somos de una determinada manera y vía ese contraste podemos conocernos mejor a nosotros mismos y con ello realizar un ejercicio de afirmación de identidad. El diccionario era además una bonita tarea de variación dialectal y Ernesto era un elemento valiosísimo e imprescindible para contribuir a tal tarea.

Sin Ernesto, ese diccionario no habría tenido la viveza y cotidianeidad que lo caracteriza. Fue labor de muchos, sin duda, pero Ernesto de la Peña fue *el* asesor de léxico, y como tal aparece en la obra. Creo que Ernesto también disfrutó, y mucho, esta tarea.

Trabajamos mucho, como locos, para llegar al 2010 con un regalo de identidad lingüística de la Academia



© Javier Navarro

Mexicana de la Lengua a nuestro país, porque, en definitiva, eso es el *Diccionario de mexicanismos* de la Academia Mexicana de la Lengua, un instrumento y espejo de identidad lingüística. Ernesto de la Peña trabajó a cabalidad, con un compromiso institucional sin tacha y con una sencillez exquisita. No es gratuito que haya yo empleado ya varias veces en estas pocas páginas el sustantivo o el adjetivo de lo exquisito para referirme a Ernesto de la Peña. Los jóvenes lexicógrafos y alumnos de servicio social que nos acompañaron en esta ardua tarea lo admiraban y no podían creer que el famoso y televisivo Ernesto de la Peña, además de cultísimo, fuera un ser normal, sencillo, delicado e irónico a más no poder, que supiera léxico de chavos y menos chavos, léxico culto y no tan culto, léxico normal y, por supuesto, compitiera con los jóvenes en el conocimiento, de forma y significado, de todos los tabús que construyen parte de la identidad de nuestra lengua mexicana, desde la muerte hasta el sexo.

Me voy a permitir concluir con dos lindas anécdotas, que lo pintan tal cual era. Concluiré con anécdotas, porque creo que a él, hombre lleno de historias, le habría agradado este fin de la historia.

Una. La comisión de lexicografía de la Academia en el último año y medio previos al 2010 se volvió itinerante, y nos adaptábamos a trabajar donde estuviera Ernesto de la Peña. En la Fundación Telmex, en su casa y por supuesto en la Academia. Con cierta regularidad trabajábamos en Telmex y su entrada a su oficina era de esta forma: primero don Ernesto, al lado, a veces, un tanque de oxígeno, porque padecía una disnea fuerte, que muy pocas veces le quitó la sonrisa y las ganas de trabajar, tras él, el señor Cerezo, su chofer, llegaba cargado con

cuernos de La Balance —“los mejores de México, Concepción” —, y alguna que otra golosina salada exquisita. Hacíamos lexicografía y desayunábamos. La salida de Telmex, con alguna cierta frecuencia, era para ir a visitar a santo Tomás, cocinero de carnitas, cercano a la Fundación Telmex, y, por cierto, muy cerca de la nueva sede de la Academia en Francisco Sosa. “¿Oiga y por qué santo Tomás?”. “Porque hay que verlas, tocarlas, y comerlas para saber que son las mejores de México. ¿Y ya probó la chiquita? Pruébela para creer. Usted no ha vivido, Concepción”.

Dos. Un día por motivo de alguna palabra o acentación, dice Ernesto: “Cuando Carlos [se refería a Carlos Fuentes] y yo estábamos en la escuela, allá en el Centro, en la antigua escuela...”, y yo, tan prudente como siempre, le digo de inmediato: “¿¿Cómo, usted fue compañero de Fuentes?!”. Ernesto: “Sí, casi somos de la misma edad”. Yo, más prudente que antes: “Oiga, pues que nos pase la dirección de su cirujano plástico”. Ernesto: “¿Usted sabe cuál es la diferencia entre Carlos y yo?”. “Dígame, don Ernesto”. Muy serio, pero con su clara mirada chispeante: “Carlos vivía de día y dormía de noche y yo, en cambio, siempre he vivido de día y de noche”.

Para mí fue todo un privilegio dirigir la tarea del diccionario, en gran parte porque trabajé codo con codo con don Ernesto de la Peña, porque aprendí muchísimo de filología, de lengua, de cultura y de literatura, esto es, tuve la oportunidad de disfrutar la sabiduría de don Ernesto, y constaté, una vez más, que los grandes son normales, sencillos y generosos, y en el caso de Ernesto de la Peña, además, un octogenario siempre jovial. Su compañía académica fue un privilegio y su amistad, todo un honor. **U**